



CAPÍTULO XXIV

LOS ÚLTIMOS TRIUNFOS Y LAS ÚLTIMAS DERROTAS DE NERÓN

Entre tantas emociones de contradictorios caracteres como había pedido al arte y al vino, á lo más alto y á lo más abyecto de la vida, faltábale una: la emoción de vencedor. Había muchas veces leído en historias y epopeyas, así como contemplado en frescos y relieves, los triunfales paseos de cuantos volvían de sus campañas bajo los arcos del triunfo decretado por un gran servicio á Roma y sobre los carros del combate que hundieran las ruedas en los cadáveres de tantos enemigos muertos, como al tornar Mauricio de Grecia captada por su heroísmo y Escipión de África rendida por su constancia: necesitaba, pues, un espectáculo así, el himno de los coros, el concierto de las trompetas, el aplauso de las muchedumbres, el vitor de los soldados, el paso litúrgico so los toldos purpúreos y sobre las flores deshojadas, el humo de las áureas cazoletas donde se quemaban en carbones encendidos las olientes ramas de Arabia, el culto prestado al vencedor, como á un dios, por el reconocimiento y el entusiasmo de la patria. Cayeron á una señal de sus manos las murallas para ensanchar el recinto destinado á presenciar la victoria suya en proporciones iguales al ensanche y engrandecimiento, así de su poder como de su renombre;

salieron los pueblos, agujoneados por la curiosidad natural de ver cómo se tributaban á un histrión honores, en otro mejor tiempo á un general victorioso únicamente atribuidos; el carro en que Augusto volviera vencedor del Oriente y del Egipto, por seis caballos de nivea blancura tirado, lo recogió y lo arrastró cual andas móviles del incensadísimo ídolo; una túnica de púrpura y oro lo vestía, una clámide celeste sembrada de áureas constelaciones y signos astronómicos iba flotando sobre sus hombros, la guirnalda del olivo de Delfos ceñía sus sienes y el premio de los juegos pítticos ocupaba su diestra; dos mil heraldos le precedían armados de ornamentos diversos, á cual más encendido y multicolor, llevando en sus puños las coronas de premio sobre las cuales brillaban el nombre y carácter y origen de cada una con la fecha y lugar del concurso y competencia donde la obtuviera; el músico Dorifero, vestido de actor y con los timbres de su oficio, compartía el triunfo, yendo sobre su propio carro, cual acostumbraba el segundo general vencedor ir junto al general en jefe y primero; detrás de aquel grupo, en actitudes teatrales, apercebido y aparejado como para la escena, corrían los cinco mil augustales con las manos hinchadas de aplaudir sin tasa y las gargantas perdidas de aclamar sin descanso, gozándose con participar de sus fatigas y de sus triunfos; el suelo por donde la procesión discurría, estaba cubierto de azafrán, el horizonte velado por toldos transparentes, henchido el aire con humaredas de incienso exhaladas por pebeteros puestos sobre trípodes áureas, las casas ceñidas con floridos ramajes, las esquinas realzadas por altares ante cuyas aras inmolaban víctimas coronadas y se ofrecían sacrificios acompañados por melodiosas orquestas; mientras el pueblo, fuera de sí, contemplando, no actores, comparsas; no trofeos, instrumentos; no soldados rotos en cien combates, histriones resignados á que Nerón los venciera en el proscenio, abrazados con efusión por los descendientes de aquellos senadores que recibieran á Mario en su reingreso de vencer á los teutones y á los cimbrios, así como bendecidos con adjetivaciones de augustos, apolinos, délficos, artistas sobrehumanos, porque habían servido de compañía cómica en sus farsas innobles á un actor, desmadejado y torpe, á quien el trono sugiriera un delirio tan insano como la creencia de que por su fuerza era el cuitado un Hércules, por su

autoridad un Júpiter, por su poesía un Orfeo, por sus orgías un Baco, por su música y por su inspiración un Apolo, por el conjunto y suma de todas sus facultades intuitivas, reveladoras, sobrenaturales, etéreas, un gigante, un titán, á cuyo cuerpo se mezclaban las fibras de todas las razas, y en cuyo espíritu entraban como afluentes misteriosos el ser y la vida de todos los dioses.

Parecióle camino muy trillado á Nerón el camino de los antiguos vencedores romanos, recorrido en triunfo por haber derramado torrentes de sangre, cuando él derramaba torrentes de armonía, y lo cambió y lo rectificó para que resultase digno de victoria como la suya, sin igual en los romanos anales. Los muros al gran circo cercanos cayeron bajo la piqueta destrozados. La Vía Sacra fué desdeñada como unguida por espectáculos y recuerdos muy por bajo de los revestidos y simbolizados por la persona divina del sublimado César. Varios arcos del Círculo Máximo fueron también arrancados al suelo para que pudiese de frente penetrar allí en línea la numerosa comitiva, un ejército de farsantes. Del circo pasó al Foro, atravesado en toda su extensión, hasta llegar á la Vía Sacra, ante la cual se detuvo, tornando con brusquedad hacia el Palatino, donde no hizo caso de Marte, poco propicio á sus devociones, entrando en el templo de los templos, en el templo de Apolo. Ancho patio de mármol blanco, rodeado por un peristilo, compuesto con gallardas columnas de mármol amarillo, precedía en guisa de atrio; cincuenta estatuas de bronce, todas ellas ecuestres, resaltaban en este atrio, puestas cada cual al lado de su respectiva columna; en contraste con estos simulacros varoniles, muy hercúleos, la hermosura femenil, representada por cincuenta estatuas de ninfas armoniosas y bellas, las vírgenes de Dánae; once gradas de jaspe abrían paso al templo, sobre cuyo frontón triangular, descansando en seis pilares acanalados, tan brillantes como si fueran de ágatas ó mármoles, lanzábase á lo infinito en áurea cuadriga el dios de la luz, como si allá en lo alto volara y se cerniera, protegiendo á la Ciudad Eterna y recordándole como un astro no apagado en los etéreos resplandores del día las bellezas y los esplendores del cielo. Entró Nerón en aquel maravilloso edificio, á cuyo alrededor acampó como un pueblo inmenso la comitiva; pero no le dejó, ni le ofreció siquiera una corona, dejándolas todas para el pueblo romano

y para sí, por lo cual puso una parte de ellas en su áureo palacio, en el circo de los juegos otra, y la mayor en el obelisco egipcio de Cleopatra, como cediéndolas al pueblo monarca y á la Ciudad Eterna. Dos mil coronas había traído. ¡Y cuántas humillaciones le costaron! En parte alguna los alabarderos habían como allí ensayado sus aplausos y loas: así resultaban de conformes y artificiales. Diríase que no era un público donde reina siempre la espontaneidad colectiva, sino un ejército disciplinado, una materia obediente. Pero, á lo mejor, ya por falta del debido ensayo y ejercicio, ya por una posibilidad absoluta de que todos obedeciesen á una consigna, sobrevenía cualquier inoportuna disonancia y se la castigaba como castiga el domador cualquier inclinación á indómita de una fiera domada. Varios griegos creían cumplir con el emperador obediéndole, y no se consideraban por lo mismo de ninguna manera estar obligados á que les gustara en Nerón el músico y el danzante. Así aparecían del todo contrarios á las pretensiones del César, á quien le importaba poco que no le obedeciesen con tal que lo aplaudieran. Y caso rarísimo: por su parte había émulos y competidores oficiales del emperador, á quienes les importaba poco que les matasen bárbaramente con tal de vencerlo en público certamen. Dión Casio nos refiere á este respecto cosas curiosísimas. En los juegos ístmicos no se permitían tragedias; pues Nerón las representó. Había en estos juegos un epirota, el cual sobrepujaba mucho por su voz y su cántico á Nerón, y pedía la correlativa recompensa, el codiciado premio. Nerón le mandó á decir que callara; y en caso de cantar, le reconociera la incontestable superioridad y le decretara el superior derecho suyo al premio prevenido. Pidió diez talentos por complacerle y se negó el emperador á pagárselos. Entonces, con la suficiencia propia de quien se reconoce á sí mismo un gran mérito y sabe que traerá éste aparejado un premio, se lanzó con resolución al escenario el epirota y cantó; audacia bien pronto castigada, pues le cogen los augustales, y empujándolo hacia un pilar cercano le clavaron sus puñales en la sonora garganta. Así hacía Nerón que, no un vil heraldo, un caballero consular en persona pregonase los triunfos de su emperador y los ofreciese al género humano en su nombre. ¿Qué habían de hacer las gentes? Pues darle cuantas coronas pidiese. Reunió por tal sistema dos mil,

poco más ó menos. Había Nerón representado Edipo, Antígona, Orestes, Hércules desnudo y encadenado con cadenas de oro, hasta una mujer que va de parto, pariendo en la escena. Muy natural, por ende, lo que refieren sus historiadores. Lidio, ricacho griego, le propuso una contrata, y le dijo que si contraía el compromiso en pacto solemne de representar y tañer y bailar y cantar donde dijera su contratista, le daba en un año todas las rentas que le rendía el imperio. Nerón lo pensó unos días y luego rehusó. Pero tenía en tanto su voz, que la regateaba muchísimo, y preparándose á nuevos triunfos, con cuya gloria soñaba, fuése á Nápoles para descansar del viaje triunfal por Grecia y urdir en planes para lo futuro coronas que juntar á tantas como había recibido en homenaje á su genio.

— ¿Qué día es hoy? — preguntaba Nerón al momento de encontrar en la bella Nápoles á sus dos compañeros principales de recreo, su célebre liberto Helio, á quien diera el gobierno de Roma durante su paseo por Grecia, y el músico Dorifero, á quien diera participación en su triunfo durante toda la procesión litúrgica por los principales sitios de la espantada Roma.

— Es el 19 de marzo — dijeron contando por idus, como contaban los romanos, ambos confidentes.

— ¡Qué día! — exclamó Nerón, — ¡qué día!

Y como si huyera de un espectro, se salió de la estancia, donde con los dos amigos departía, y se fué al jardín, corriendo en él desde un lado á otro, cual si fuera presa el cuerpo suyo de una epilepsia y el alma de una demencia.

— ¿Por qué ha corrido así? — le preguntó el buen Dorifero á Helio, viendo los estremecimientos que sacudían al desgraciado emperador.

— Pues hoy es el día — dijo Helio con timidez — en que murió Agripina.

— ¡Ah! ¿En que murió? Bien..... Está bien..... ¡Cómo lo sientel ¡Qué buen hijo!

Y los dos se miraron á esta reflexión de uno y se sonrieron por instinto.

— Traedme la pelota — dijo Nerón huyendo del jardín y reentrando en la estancia.

— Que vengan los jugadores de pelota — mandó Helio inmediatamente.

— Una observación, César, una observación — díjole Dorifero: — vas á sudar, y si sudas, con este tiempo vario de marzo vas á constiparte y enronquecerte.

— Cierto, cierto.

— Juguemos á los dados.

— Perfectamente.

— La pelota en verdad pide mucha violencia, y la violencia pudiera traerme mucho daño. Cada vez me hallo más convencido de que nadie nació en el mundo con una voz como la mía. Pero, de tanto usarla en Grecia, siéntola un poco resentida. Por eso no he querido hablar en el Senado y con el Senado me carteo. Por eso heme puesto unos pañuelos en torno de la garganta, impenetrables al externo aire. Por eso he venido al dulce clima de Nápoles buscando la paz del alma y el reposo necesario tras tantos esfuerzos por los laureles recogidos en Grecia. Juguemos á los dados. Quiero en este día distraerme. No quiero pensar en nada, no quiero recordar cosa ninguna, no quiero acordarme de nadie.

— Bien hecho — dijo el liberto.

— Bien dicho — añadió el músico.

Y se dieron al juego de los dados con ardor.

— Ganaste la partida — exclamaron tras un largo rato de silencio los dos jugadores dirigiéndose al emperador.

— Pues no me parece tan mal día éste como yo presagiaba — decía para sí Nerón, cual si estuviera solo y hablara solamente consigo. — ¡Los augures! No pude hacer sino lo que hice. Yo no soy culpado. Tú me habías instruído en los secretos del Estado. Tú me habías dicho que si Júpiter se opusiese á la omnipotencia del César, habría que concluir con Júpiter, por el puñal, por el veneno, por cualquier medio. Yo soy esclavo del destino, al ser dueño del mundo. ¿Cuántas horas van pasadas del día?

— Juguemos otra partida á los dados — dijéronle sus dos compañeros para distraerle y divertirle.

— Juguemos — dijo Nerón maquinalmente.

Y jugaron, y nuevamente ganó el emperador.

— No es tan mal día, puesto que siempre gano.

— Los dioses sean loados — dijo el liberto.

— Ganas por la inteligencia — el músico añadió.

En esto entraron una porción de domésticos y dijeron que acababa de llegar del Palatino un correo, echando lumbres, pues traía muchas y muy graves noticias, cuyo conocimiento era indispensable al emperador.

— ¡Noticias! Me persiguen por todas partes las noticias. Más quiero habérmelas con una nube de dardos que con una nube de nuevas. Lo primero que hice al salir fué con suma oportunidad encargar á la secretaria que no me hablasen de cosa ninguna y no me dijese nada en absoluto de cuanto sucediera, haciendo los secretarios su voluntad por completo.

— Grave será la cosa que traen, cuando turban el reposo que necesitas — dijo á Nerón Helio.

— Veamos.

Y el enviado entró, abriendo Nerón las tablillas que traía con grande apresuramiento.

— ¿Qué hay? — le preguntó Helio al ver que palidecía.

— Nada — dijo Nerón, reponiéndose del primer desagrado y lanzando una larguísima carcajada. — ¿Pues no se ha sublevado contra mí Vindex, el gobernador de las Galias? ¡Fatuó! ¡Si creará que por descender de régulos allá en Aquitania puede su barbarie alzarse con el imperio romano! Me alegro mucho de que tal haya hecho. Un poco desdinerado por mi viaje á Grecia, que me sale á la cara con atrasos y apuros ahora, veréis cuánto tardo en penetrar á saco por aquellas ricas provincias y traerme un botín entre las uñas de mis rapaces águilas. Que ya proveeré, contéstales, Helio, á las gentes de Roma.

— Cumpliré las órdenes.

— Acompáñame, Dorifero, al circo. Veremos los ejercicios atléticos y nos distraeremos un poco. Ya me dijeron astrólogos ignoros que sería destronado, y les dije cuán poco me importaba, pues un artista como yo tiene un trono de gloria y un pedazo de poder en todas partes. Yo puedo contratarme cuando quiera. El potentado Lidio me propuso un día contrata por la cual yo tenía más lucro y provecho que siendo emperador de Roma. Jamás he creído perder nada, ni desconfiado de recuperar un objeto cualquiera que

se perdiese. Ya dije cierta vez en un naufragio, viendo cómo los peces devoraban objetos preciosos en las aguas sumergidos, que los mismos peces habrían de devolvérmelos.

Y con efecto, se fueron como buenos camaradas al circo, donde los aclamaron en vociferaciones ardorosas, y estuvieron observando cuanto sucedía sin muestra de ningún embargo del sentido, y como si todo cuanto en torno suyo pasaba fuese lo más natural y simple y lógico del mundo. Una ligera perturbación de las que acompañan á todos los imperios, como acompañan los terremotos y demás estremecimientos terrestres á las grandes alturas volcánicas. Después del juego de dados los juegos de atletas, después del circo de atletas la cena orgiástica del palacio, después de la cena orgiástica del palacio los placeres del lecho, después de los placeres del lecho un sueño á pierna suelta sin ensueños: diríase que nada pasó en el mundo.

Los móviles agujoneadores del acto de Vindex no eran de carácter universal, eran de carácter particular y privado. Nerón, mal administrador, en sus gastos larguísimo, incapaz de ninguna economía, derrochaba todo el oro invenido en las rentas del imperio, y así husmeaba y atisbaba donde un rico existía para desbaliarlo como un salteador, y secuestrándolo, quedarse con su persona y con su hacienda. Vindex era de abolengo noble y rico en aquellas regiones aquitanas tan feraces y que producían cosechas tan cuantiosas. Nerón deseaba heredarle. Y cuando Nerón deseaba heredar á cualquiera, bien podía el requerido y sitiado por su deseo imperial creerse muerto. Para burlarlo, apeló el galo á un expediente contado por el naturalista Plinio. Las cocciones de comino tomadas en ayunas prestan al rostro una palidez mortal. Y esta palidez mortal convenía mucho al patricio aquitano, porque le hacía pasar por moribundo, con lo cual de Nerón lograba una espera que no hubiera nunca tenido éste de hallarse con una persona robusta dotada de fuerte salud y vida larga. Cuando le veía con amarillez de cadáver fiaba el emperador á las paciencias del tiempo aquello que le hubieran dado súbitamente los reprobables medios del crimen. Así, con esta treta de la víctima, el sacrificador aguardaba, y el amenazado vivía. Pero no le pasaba lo mismo á su región. Opresa por la tiranía neroniana y exhausta por las terribles exacciones

consuetudinarias del tiempo, deseaba sacudir el yugo alzándose con resolución y denuedo en armas por la libertad. El aquitano escuchó los clamores de la patria y urdió los hilos de la conspiración. Muy astuto y experto, reconoció los límites hasta donde podía su ambición extenderse, y no los traspasó en proyecto y plan alguno de los por él traídos entre manos contra Nerón. Separó con una profunda separación el emperador de su imperio. Y maniobró contra el uno en defensa del otro. Su estirpe gala y su condición extranjera le dañaban: buscó para sustituir á Nerón un pretendiente que fuese romano, y encontró á Galba, quien, regalón y anciano y poderoso, de todo empeño político se abstraía en abstracción egoísta. Pero fingía ideas y costumbres republicanas. Cuando Calgula murió, le ofrecieron las legiones el imperio y lo rehusó, respondiendo que á quien debían cedérselo en verdad era sin reservas á la Ciudad Eterna. Todo César sospechaba más del pretendiente capaz de sustituirlo que no del republicano capaz tan sólo de dirigir á los dioses platónicos votos por la república romana. Galba, gobernador de la España tarraconense, hallábase como en una proscripción en su gobierno. Pero quien le siguiera los pasos y le observara con cuidado, enterárase de cómo en los últimos tiempos de Nerón soñaba en sus adentros con el imperio, pues permitía libertades á la palabra no consentidas antes, y adrede administraba mal con el propósito y fin consiguientes de añadir justificación verdadera con las quejas á los premeditadísimos actos. Hallábase Galba en la presidencia de una grande asamblea por aquí, por Cartagena, cuando Vindex lo instó á dar su nombre al movimiento, que aceptó sin vacilaciones y reservas, exponiendo todos los crímenes perpetrados por el emperador y diciendo cómo la justicia requería que trajesen aparejado un castigo del cual hacía su nombre y su persona instrumento. Entre los romanos gozaban de mucho crédito los presagios. No sabían ellos la implacable regularidad en los conciertos de la Naturaleza existente y la fatalidad con que sus leyes se cumplen, del todo ineluctables, y nada cuidadosas ni de nuestros intereses ni de nuestros destinos. Pero, creyendo á la Naturaleza con entrañas, madre cariñosa y tierna, concentrada toda ella en el cuidado de las criaturas, ó entre las criaturas, del hombre, su hechura predilecta, imaginaban una correlación entre

los astros lejanos y nuestra suerte propia, como entre los hechos naturales y los hechos humanos que producían quiromancias, astrologías, oráculos, presagios, augurios, agorerías, auspicios, una correlación entre lo animado y lo inanimado, rota por la ciencia en sus revelaciones acerca de la máquina del Universo, que cum-



Galba, sucesor de Nerón (busto del museo de Nápoles)

ple sus leyes y mueve sus resortes sin acordarse para nada de nosotros, sujetos á su mecánica y á su fuerza. Pero como creían las antiguas gentes lo contrario, así que les pasaba cualquier cosa, referíanla sin vacilar á hechos anteriores, tomándolos por nuncios de lo sucedido, y generaban por este sencillo método augurios y presagios. El grito de un humilde centurión, plantando la bandera de su cohorte propia en la plaza de los comicios, impidió el traslado á Veyas de Roma tras el incendio pegado á la ciudad por las